

Enfoques historiográficos del pasado vasco reciente

EMILIO MAJUELO I ANTONIO RIVERA

A protagonizar este debate arduo y necesario sobre los enfoques de la “historia vasca” más reciente, *Segle XX* ha invitado a Emilio Majuelo (de la UPNA) y Antonio Rivera (de la UPV-EHU). Son dos historiadores de amplio currículum que, además de conocer bien la historiografía vasca, al abordarla con rigor y oficio, también sienten en sus propias memorias la impronta de la “historia vivida” por la sociedad vasca en las últimas décadas. En palabras del profesor Majuelo diríamos que estamos ante “un pasado vasco (no tan) reciente”, y, sin embargo, si se considera el golpear estruendoso y a veces hiriente de sus ecos sobre el inevitable presentismo de las voces políticas y mediáticas, ese pasado pareciera que sigue presente, vivo y lastimado, congelado para algunos sectores, resistiéndose a “pasar”; un pasado revisitado una y otra vez por todo el mundo porque, como no podía ser de otro modo en una sociedad cambiante, en realidad, está en constante revisión e intentando lanzar mensajes de futuro, sorteando, ya iremos viendo cómo y con qué suerte, los efectos en la convivencia de la sociedad vasca de un constante “mirar hacia atrás y ver la historia como un paisaje en ruinas”, ese fatalismo de un tiempo “cargado de memoria pero incapaz de proyectarse en el porvenir” que remarca Enzo Traverso en *Melancolía de izquierda*, o describe Zygmund Bauman al hablar del triunfo de la “retrotopía” en el siglo XXI. ¿Qué sentido tiene “luchar” por un pasado mejor?

A esa necesaria revisión del enfoque de la historia vasca reciente contribuye de manera plausible la investigación histórica, sometida ella misma, en el corazón mismo de sus marcos teóricos y sus metodologías, a las abolladuras emocionales que suelen acompañar los estudios de un pasado traumatizado por las dinámicas de la violencia política (eso que el profesor Rivera, prefiere remarcar como una historia reciente del País Vasco “con ETA dentro”, señalando que, aunque la “normalización” de la presencia de ETA en el relato historiográfico sobre el País vasco aún arrastra vacíos sobre el franquismo y la Transición, la historiografía reciente está muy renovada, al menos desde que en 2015 se publicó el célebre *Informe Foronda* sobre “los efectos del terrorismo en la sociedad vasca”, pues cambió el prisma y ya no se observa a la organización ETA en sí misma, sino a las consecuencias humanas, económicas, políticas y sociales de su actuación terrorista).

Sobre el plano en el que operan las prácticas científicas de la historiografía vasca se dejan proyectar las luces y las sombras de las guerras de memorias y relatos. Desde el principio, como

podrá comprobar el lector que se sumerja en estas líneas puede notarse cómo va aumentando el peso de la presencia de ETA en la discusión historiográfica, lo que, al igual que ocurre en otros contextos de la discusión ciudadana, se convierte en un asunto polémico. ¿Cuáles son las claves de esa polémica? Antonio Rivera se muestra beligerante con esa “literatura militante, partisana” de la izquierda abertzale, pero no se permite caer en la tentación de elaborar otra contraria “de similar factura”. Emilio Majuelo quiere que la mirada del historiador abarque procesos de movilización que fueron más diversos, con una gran variedad de actores políticos y sociales. No esperen simplificaciones y reduccionismos. Majuelo y Rivera abordan un debate enjundioso sobre un tema complejo que, precisamente gracias al conocimiento acumulado, va aumentando en complejidad. En todo caso, la cuestión tampoco puede acabar en una lucha interna por la hegemonía en el campo de la verdad historiográfica. Habrá que adaptarse también a la “paz” del pluralismo teórico si se quieren plantear viejas y nuevas preguntas en un nuevo contexto.

¿Es un “tema irresuelto” explicar –digamos que desde el punto de vista de la “agencia humana”– el nacimiento de ETA y su evolución cambiante en distintas fases históricas? ¿Tiene cabida el estudio de la violencia política vasca en relación con el cuestionamiento del orden constitucional como un “déficit democrático” en materia de negación de reclamaciones como el derecho de autodeterminación? ¿Está todavía en mantillas el estudio del papel que jugaron ETA y la izquierda abertzale respecto de los movimientos sociales para dilucidar cómo los mediatizó o cómo los “vampirizó”? ¿No determina de una manera central el estudio de la historia vasca reciente el hecho de que uno de sus principales actores políticos “asesinaba a sus competidores –contrarios y enemigos, desde su punto de vista– para fortalecer y facilitar el logro de sus objetivos (evidentemente, políticos)”? ¿Cómo identificamos, documentamos y analizamos la violencia institucional –no sólo la extralegal del “terrorismo de Estado”, también la de las políticas de orden público y régimen penitenciario–, en las dinámicas de acción-reacción de ETA y el MLNV, y, en definitiva, en el pulso que libraban dos “legitimidades” contrapuestas, dos “poderes” enfrentados, el de la democracia liberal y el de un nacionalismo revolucionario? ¿Debe la historiografía vasca enmarcar todo su análisis dentro de la noción de “conflicto vasco”, una categoría que más bien tuvo un origen coetáneo y hasta angustioso en la voz de quienes, como el llorado Ernest Lluch, querían buscar caminos para la paz y el fin de la violencia política y los atentados terroristas? ¿Acaso puede permitirse la historiografía reducir su enfoque a meras antinomias como la de “violentos contra demócratas”? Todas estas preguntas, de una en una, generan disputas inacabables.

Aquí hay dos posiciones, incluso dos lenguajes y, en cierto sentido, hasta dos campos semánticos de la conflictividad política. Pero al mismo tiempo hay cuatro textos que el lector podrá apreciar desde el punto de vista de su pertinencia en los métodos historiográficos, sin la frialdad del neutralismo y sin apriorismos forzados (más allá de la defensa en común del método historiográfico y la inexcusable adhesión a los valores éticos de la paz y la convivencia democráticas, aunque no es menos cierto que también en ese horizonte oscila el debate en torno al valor que se debe otorgar a las “víctimas” como figura social y como actor político, víctimas que, por lo demás, están indiscutiblemente necesitadas de reconocimiento moral, verdad, justicia, dignidad y reparación). Cuando se habla de traumas, heridas y cicatrices, conveganos en que la historiografía quizás nunca llegue a ser una mala medicina, pero tampoco

podrá ser un bálsamo. Tiene que ir a la raíz de las cosas. En cualquier caso, este debate debería abrir otros muchos, porque estas dos posiciones quedan en gran medida fijadas y abiertas a la vez, barruntando un futuro aún más prometedor, quién sabe si todavía más divergente que en la actualidad, aunque, eso sí, nos atrevemos a atisbar una mayor concordancia metodológica, pues la historiografía rigurosa también necesita ir acumulando un conocimiento que se vaya dando por “acordado”. Aconsejamos al lector que se sumerja en un debate que, como podrá comprobar, resulta incluso apasionante, y le pedimos que lea las 4 aportaciones siguiendo el orden que las hizo nacer entre la primavera y el otoño de 2020: en primer lugar fue Emilio Majuelo el que planteó los aspectos metodológicos y las carencias que a su juicio presentaba la historiografía sobre el pasado vasco de las últimas décadas, a lo que seguidamente contestó Antonio Rivera mostrando la renovación que se había dado en ese sentido, acto seguido llegó la réplica de Majuelo y, poco después, la contrarréplica final de Rivera.

Pedro Oliver Olmo

Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM)

Comité de redacción de Segle XX